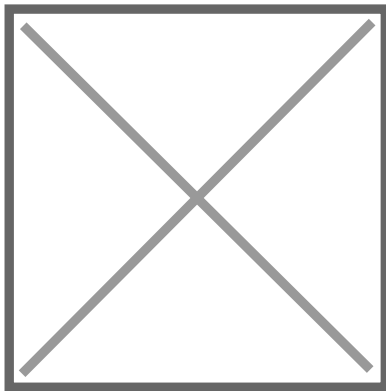




DE MEMORIA

por Luis Sánchez Latorre

DEJIA Rubén Darío que a su llegada a Chile, en 1886, uno de sus mayores deseos era conocer a sus famosos hombres de letras. Recién instalado en Santiago, en la redacción de «La Epoca», tuvo el gusto de recibir la visita de Carlos Toboño Robinet, quien, tiempo después, le presentó a José Victoriano Lastarria, «el viejo maestro glorioso».

Robinet — explicaba Darío — es el amigo de todos los amigos extranjeros que llegan a Chile. Y si éstos llegan necesitando apoyo, lo es más. Escritor él mismo, es un excelente cronopista, y hace buenos versos si le viene en ganas.

Cuando Augusto Ferrín, el amigo de Bécquer, llega a Santiago dedica su primer verso a Robinet: «Robinet fue un año "cordial aprendiz"». Así el trágico Rosini, de Jorge Ibañez, de Valdés, de Ricardo Palma, de Arnaldo Márquez, de Hostre, de Colón, el salvadoreño, y de otros tantos.

Darío conoció a Lastarria en su estudio, rodeado de libros, anciano que parecía joven, quejoso del aprecio de su patria y conmovido de la gloria de su nombre en toda América; amigo de la juventud, aficionado a hacer versos sin ser poeta, sabio, amable, esbena llena de laureles. «¿Quién no ha leído sus libros en América y aun en España?». Amunátegui era otra gran columna. «Una mañana, yendo por la Alameda, sobrio lugar de

placitas de piedra, estatuas de bronce y arboledas vastas, vi pasar a un viejo mediatrondo, que iba con capa — allá donde nace la uva — un extremo de ella rozaba el suelo, y el hombre pensativo era saliendo, y saliendo a su vez a todo el mundo. Era don Miguel Luis Amunátegui, el amigo de Bécquer».

Según los recuerdos de Darío, en la redacción de «La Epoca» se reunían los elementos jóvenes de la prensa santiaguina. Allí hablaban de letras o artes, de un último libro, de un triunfo o de un fracaso, y ahí se conversaba en voz alta hasta muy entrada la noche, a riesgo de atentar la paciencia del director, Eduardo Mac-Churru. Allí acudía Pedro Balmaceda Toro, santiaguino que sufría la nostalgia de París, parisino que no conocía la gran ciudad, siempre con alguna frase chiapanote, sonriente y soñador, neurótico que tenía cuarenta y cinco años, celoso que bonaba revistas y cuentos de todos las flores del estilo. Alberto Blest Bascuñán, hijo del novelista y ex ministro de Chile en París, Alberto Blest Gana, comparecía también, ya tímido, a contar, entre accesos martinizadores, sus recuerdos de vida parisina, cuando los salones de su padre eran punto de reunión de todos aquellos hombres brillantes. Blewitz, Housay, Holandese... «¡Pobre Alberto! ya duerme».

Luis Orrego Luco era el charlatán incansable, mordiente, con los labios siempre enarabientes

por una comedia terrible. Muchas veces quería hacer un elogio y le resultaba una sátira; buen escritor y contador, amante de la frase artística y enigmática... [Horas inolvidables fueron aquellas].

Puede decirse — comenta don Domingo Meli — que fue «La Epoca» el diario que llevó al ambiente la nota nueva, el sentido de una elegancia más fina, el acento de una nueva comprensión de lo divino y de lo humano. En las columnas de «La Epoca» se insertaban casi día a día correspondencias y artículos bibliográficos acerca de las letras italianas, francesas, alemanas e inglesas. Se mantenía el lector al corriente de cuanto ocurría en el Viejo Mundo en materias artísticas. «La Epoca» traducía, en buenas cuentas, la singularidad de una época. Había en el país un incontestable interés por la marcha de las cosas del arte y del espíritu. Muchos centros artísticos y académicos literarios funcionaban en los liceos y aun en residencias particulares.

El fin de siglo, en ese medio rodeado por la riqueza del norte — escribe Meli —, por la afluencia del dinero que venía de las salitreras, desbordaba su torrente en las costumbres nuevas y en los hábitos refinados. Una elegancia suntuosa poseída siempre todos los actos públicos. Aun creo así — apunta Luis Orrego Luco — a las veladas inolvidables en casa de

Pedro Balmaceda, hijo del Presidente. Nos reuníamos en un salón del Palacio de La Moneda, dividido en dos por una inmensa cortina que cerraba la puerta, separándolo de un saloncito adornado con muebles y cortinajes orientales, lámparas japonesas de bronce, bombos bordados, braseros antiguos, porcelanas de Sajonia y Sevres. Sobre la mesa había libros con autógrafos de Camúy y Camposano, dedicados a Ramón Balmaceda. Colgados de las paredes aparecían cuadros de Pedro Lira, Somerscales, Onofre Jaca, Velezuela Paclma, Alberto Orrego Luco, y dibujos admirables a pluma de Calisto Guerra. Por todas partes visos con flores.

Alberto Blest se sentaba al piano para tocar trinos de Gounod, Massenet, Chopin, Schumann; Carlos Ibañez acompañaba luego a Blest en charlas de mucho ingenio. Vicente Grez contaba historietas humorísticas, Manuel Rodríguez Mendonza disertaba sobre arte con palabras coloridas, expresando la necesidad de dar paso al pensamiento moderno. Mientras unos tocaban música de Schumann, otros recitaban versos de Verlaine, de Armando Silvestre, enteramente nuevos para Darío, el cual, echado atrás en un sillón oriental, silencioso y abstraído, contemplaba las columnas de horma azuladas de los pebeteros de plata en los cuales Pedro Balmaceda quemaba perfumes. En aquella sala de refinado lujo leyó Pedro sus primeros cuentos que tanto influyeron en los futuros de Darío.

El mundo, en el, 12 DE ABR. 27-200

409643

Tertulias de antaño (I) [artículo] Luis Sánchez Latorre

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Tertulias de antaño (I) [artículo] Luis Sánchez Latorre

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)